

¿ES POSIBLE EL DIÁLOGO ENTRE LA MENTE Y LA CULTURA? HACIA UNA PSICOLOGÍA CULTURAL DE LA MENTE

Andrés Santamaría Santigosa¹
*Laboratorio de Actividad Humana
Dpto. Psicología Experimental
Universidad de Sevilla, España*

ABSTRACT

Psychology is concerned with the study of the relationship between mind and culture from its very beginning as a scientific discipline. However, as many scholars have claimed, this field shows a high degree of fragmentation, since it has lost the necessary cohesion to warrant the unity and coherence of the subject. That fragmentation has led to the development of different perspectives which are not very willing to maintain any dialogue with the others and remains encapsulated in their own rethorics and isolated from the rest of the voices in psychology. According to the author, however, this situation should be overcome. The study of mind is a field in which reductionism is not the best way to develop a good explanation of the subject. For that reason, the aim of this paper is to explore the possibility of an approach between cognitive science and a cultural perspective on mind.

Keywords: mind, culture, cultural psychology, meaning, information, representation

RESUMEN

El estudio de las relaciones entre mente y cultura ha interesado a la psicología desde sus inicios como disciplina científica. No obstante, como se ha venido constatando, este estudio está ahora fragmentado como nunca antes.

1 Correspondencia: Camilo José Cela s/n 41018 Sevilla-España. Teléfono: 34-5-4557743. Fax: 34-5-4551784. E-mail: asantamaria@us.es

De algún modo, ha perdido la cohesión necesaria para asegurar su objeto de estudio y su consistencia. Esta fragmentación ha derivado en especialidades cada vez menos dialogantes, encerradas en su propia retórica y aisladas del resto de voces de la psicología. No obstante, a juicio del autor, no es ésta la mejor situación. Nos encontramos en un campo, el estudio de la mente, en el que los reduccionismos no son los mejores candidatos a proporcionarnos la explicación más adecuada. Es por ello, por lo que mi propósito en este artículo no es otro que explorar la posibilidad de un acercamiento entre las ciencias cognitivas y una aproximación a la mente que hunde sus raíces en la cultura.

Palabras clave: cultura, mente, significado, representación, psicología cultural, ciencia cognitiva

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Según parece, el “espíritu del tiempo” intelectual de las últimas décadas del siglo XX se define por el abandono por parte de la sociedad occidental de lo que significaron sus rasgos más definitorios: el racionalismo, la idea de progreso y modernidad, la creencia en la ciencia y la técnica. Así, a la concepción objetiva de estos valores se opuso el relativismo; al universalismo, los particularismos culturales. No obstante, en esta ya antigua polémica en torno al relativismo y universalismo cultural, no es difícil encontrar también posiciones fuertemente contrarias a una visión relativista que han estado centradas en la búsqueda de una verdad absoluta y universal, en la realidad de las cosas.

Sin embargo, a mi juicio, esta oposición al relativismo se ha venido basando en un error lógico muy serio: el de pensar que al negar la existencia de una verdad absoluta y universal el relativista se compromete a aceptar

la noción de que todos los puntos de vista son igualmente válidos (Munevar, 1998). Ello no es necesariamente una consecuencia lógica de tal asunción. La negación de la existencia de una verdad absoluta no implica necesariamente que todos los puntos de vista sean válidos. Únicamente implica que varios puntos de vista pueden ser igualmente válidos. Como señala Geertz (1986a/1996a, 1986b/1996b), el relativismo cultural no tiene por qué concluir en un relativismo extremo, en un escepticismo radical respecto a la posibilidad de juzgar, desde otro contexto cultural, lo relativizado. La imposibilidad de conocer la verdad absoluta no necesariamente conduce, como recuerda Geertz, al nihilismo moral, sino a la aceptación de compromisos con una realidad que no es transparente, una realidad plural y no unívoca. A mi juicio, la diversidad y el conflicto son constitutivos a las sociedades humanas.

De esta manera, el error lógico al que aludía más arriba ha viciado una gran cantidad de disputas filosóficas

a lo largo de la historia del pensamiento, especialmente aquellas que tienen que ver con la ciencia, la sociedad, o con la cultura. Disputas centradas en aspectos tales como la existencia o no de verdades o normas universales en la cultura; si éstas, de existir, se encuentran en una sola cultura (por supuesto la occidental) o en todas; la distinción entre ciencia y cultura, con la suposición añadida de que la ciencia busca la verdad, la realidad, y no así la cultura.

Desde estas consideraciones, la verdad que busca la ciencia es absoluta y universal. No ocurre así con la cultura. Cosas distintas, a veces opuestas, son aceptables en diferentes sociedades, en diferentes culturas. Y como cosas opuestas no pueden ser todas ciertas. En cuestiones de cultura, por tanto, lo aceptable no coincide con lo verdadero. De tal modo que el universalismo reinaría en la ciencia mientras que el relativismo, en la cultura. A pesar de todo ello, existen varias formas de oponerse a esta “fácil” distinción entre ciencia y cultura. La más sencilla, tratar a la ciencia como parte de la cultura, como una práctica cultural más.

En cierto modo, nuestra cultura está atrapada entre dos roles intelectuales: los humanistas ignorantes y los sabios incultos. Los primeros engrosan las filas de los humanistas que nada saben sobre ciencia, mientras que los segundos se alinean con los científicos sin sensibilidad histórica. Es el problema de las “dos culturas”. No obstante, habría que superar este debate y reconocer la posibilidad de co-

municación entre estas dos maneras, tradicionalmente enfrentadas, de fragmentar el saber. La ciencia es cada vez más cultura pública. Sólo basta con echar un vistazo a los titulares y noticias de la mayor parte de la prensa.

Lo que sí parece empezar a quedar cada vez más claro es que muchas de nuestras creencias sociales, de nuestros pensamientos y de nuestras maneras de resolver problemas, dependen del simple, pero crucial hecho, de que hemos sido socializados en una cierta cultura y no en otra. De todos modos, desgraciadamente, todo esto no puede evitar la idea generalizada de que los productos de la cultura no valen tanto como los de la ciencia. Viven una suerte de inferioridad epistemológica. Lo cual no tendría mucho sentido si se considerase, como se hace en este trabajo, a la ciencia como una práctica cultural más.

Ahora bien, dirían algunos, si como afirma el relativismo cultural todos los puntos de vista son igualmente válidos, el punto de vista universalista es también válido. Y por otra parte, el universalismo implica que el relativismo es falso. Por consiguiente, podríamos concluir que el relativismo es incoherente. De algún modo nos vemos acosados por las paradojas del relativismo. Pero, como se apuntó más arriba, el relativismo no nos dice que todos los puntos de vista son igualmente válidos. Sólo nos dice que puede haber varios puntos de vista igualmente válidos. Por consiguiente, la “verdad” cultural que ofrece el

relativismo no se excluye, aunque por supuesto es una verdad relativa. Esto no quiere decir que no sea verdad (como la de la ciencia), puesto que ésta última es también relativa.

Se trataría de asumir una especie de universalidad situada, es decir, concreta, diferente e histórica, pero que no pretende asumir en sí las otras particularidades, diferencias culturales e historias (Scannone, 1998). De este modo, cada cultura abarca la totalidad de lo humano, pero desde una perspectiva que nunca es total y, por ello, necesita de las otras. De todo ello hablaré más adelante, y lo haré en relación a la cognición humana.

Así, y a pesar de que en la actualidad exista un proceso de difuminación de los contrastes culturales, producto de la disminución del interés por las diferencias en ese viaje hacia la globalización, tal y como señala Geertz (1986a/1996a), en las últimas décadas el estudio de lo diferencial está en auge, especialmente en el campo de las ciencias sociales.

DESARROLLO DEL TEMA. RELATIVISMO VERSUS UNIVERSALISMO EN PSICOLOGÍA: UN VIEJO PROBLEMA

En el campo de la psicología, en concreto, se podría afirmar que desde finales de los años setenta ha cesado, en cierto modo, la posición hegemónica detentada por el estudio de los aparentes invariantes de la mente con los que se suponía que contábamos los seres humanos como miembros de una misma especie (Lonner, 1980).

Así, han ido ganado terreno aproximaciones que sitúan como centro de debate psicológico el análisis de los aspectos diferenciales del funcionamiento mental, y de las causas que generan tales diferencias. Se han estudiado aspectos muy diversos, como por ejemplo los diferentes modos que pueden adoptar los procesos psicológicos, que se reflejan en una variedad de formas de percibir, memorizar, recordar, categorizar, resolver problemas, etc.; las diferentes formas de comportamiento entre individuos ante determinados eventos; las actitudes o valores que distintos sujetos ponen en juego ante situaciones más o menos parecidas, etc.

Asociado a este interés por la diversidad psicológica, y por extensión por la diversidad cultural, como una de las posibles causas que explican la primera, nos encontramos con la problemática sobre la universalidad o no de los procesos cognitivos, de la cognición humana. Tradicionalmente esta cuestión se ha venido resolviendo de forma salomónica. Se ha desarrollado así una división tajante entre los aspectos universales, de significación filogenética, y los aspectos más transitorios y cambiantes, producto de la evolución histórico-cultural del ser humano. Esta división supuso el desarrollo de un debate sobre el papel de lo individual y lo cultural en el desarrollo psicológico, generalmente planteado a partir de binomios opuestos (interno-externo, individuo-cultura).

En este debate, unos argumentan a favor de factores del propio indivi-

duo como ser autónomo y aislado del contexto social y cultural en el que se desarrolla: las estructuras intelectuales de las “formas necesarias de razón” de Kant, los “universales culturales” de Levi-Strauss y las “estructuras de la gramática profunda” de Chomsky, son ejemplos representativos de esta argumentación (Geertz, 1986a/1996a; Toulmin, 1972/1977). Otros ponen el énfasis en los aspectos históricos, culturales y sociales de la vida en común. Entienden que son las relaciones sociales y culturales en las que participamos como miembros de una cultura determinada, las responsables del desarrollo individual. Pero lo realmente relevante en este ya “viejo” debate es recordar que optar por una u otra perspectiva (o alguna más) va a afectar necesariamente a la propia concepción de ser humano y de la naturaleza de sus funciones mentales.

Es a partir del siglo XVII cuando la psicología pasa a estar definitivamente dominada por una de estas perspectivas. En concreto, por un cierto individualismo emergente que considera al individuo autónomo como fuente de conocimiento. Incluso la psicología actual bebe de las ideas de psicólogos y filósofos sobre cómo el individuo no necesita del marco social y cultural para desarrollar las actividades fundamentales de su existencia, como aprender o pensar (Richardson, 1988/1991). Cada persona elabora su propia representación de la realidad, así como sus conocimientos y actitudes.

No obstante, si la sociedad y las relaciones sociales entre los individuos

existen es de suponer que tendrán algún papel. Incluso desde enfoques individualistas esta idea cobra sentido. Otra cosa muy distinta es la forma de articular tales relaciones y la importancia que les es concedida por las diferentes corrientes psicológicas (Cubero y Santamaría, 1992). Así, para algunos, lo social es únicamente el medio en el que los individuos viven y se desarrollan. Por ejemplo, las teorías racionalistas otorgan un carácter innato a todo el comportamiento del individuo, e incluso consideran que la conducta social debe ser analizada a través del prisma de lo biológico. Es por ello por lo que estas teorías se centran, sobre todo, en el estudio de los universales y en la búsqueda de las restricciones genéticas en la conducta social que modelan las propias relaciones sociales. Obviamente, ésta sería la postura más extrema.

Podríamos encontrar relaciones entre estas posiciones y algunas teorías dentro de la psicología cognitiva, que a pesar de que reconocen la importancia del marco sociocultural en el que se desenvuelve un individuo, no pasan a analizarlo. Más bien, están preocupadas por el estudio del individuo en sí, al margen de sus relaciones sociales. Consideran que lo contrario superaría los límites de la psicología como ciencia, siendo objetivo de otras disciplinas como la sociología, la antropología o la historia.

Frente a ellas podríamos encontrar perspectivas en las que el papel del individuo el queda totalmente desdibujado y controlado por la mara-

ña de relaciones sociales. Lo social y lo cultural serían el modelo que todo sujeto copia pasivamente. Se trataría de posiciones claramente ambientalistas que analizan el desarrollo humano como producto de la vida en sociedad, al margen de la influencia que pueda ejercer, como parte importante en el desarrollo personal, lo biológico o el propio individuo. Aspectos, los de carácter biológico, que para algunos se constituyen en la base a partir de la que brotan los grandes aspectos del fenómeno cultural, y que permiten superar la idea errónea, a su juicio, acerca de la cultura como una realidad hermética, carente de raíces, incomunicada con la biología y surgida de modo casi mágico –gracias al simbolismo– en el mundo humano. Este tipo de perspectivas no consideran los usos y apropiaciones particulares que puede hacer un sujeto concreto. Conviene señalar que es ésta una postura bastante minoritaria en psicología más propia de modelos antropológicos.

El problema está servido. Al disociar lo cultural, lo psicológico y lo biológico y, sobre todo, al situarlos en planos científicos separados, autónomos y completos en sí mismos, el acercamiento resulta muy difícil. En este sentido, Geertz adopta una posición sintética caracterizada por centrarse en las particularidades culturales y considerarlas como variables -junto a los factores biológicos, sociológicos y psicológicos- dentro del sistema unitario de análisis que supone una determinada cultura. Estos factores constituirían así un conjunto de posi-

bilidades a disposición del proyecto cultural humano. Es imposible derivar lo cultural directamente de lo biológico o natural, en la medida en que la práctica se despliega en un mundo ya simbolizado, diría Geertz, de modo que la experiencia es construida como una realidad humana que atiende a un código de distinciones propio de la cultura.

Pero podríamos hablar de una tercera aproximación para la que la relación entre individuo y sociedad se plantea en términos dialécticos, y que permite superar, al menos así lo creemos, los dos tipos de reduccionismo a los que nos conducen las otras dos perspectivas mencionadas. Estamos hablando de marcos conceptuales como los desarrollados por L. S. Vygotski o J. Bruner. Tanto uno como otro consideran de suma importancia el determinismo socio-histórico del psiquismo humano.

Bruner destaca que son los requerimientos de nuestro estilo de vida en sociedad los que explican y dan sentido a nuestro funcionamiento cognitivo. Esto es así hasta el punto de que incluso estos requerimientos van a influir en nuestro funcionamiento cerebral. Recientes investigaciones han mostrado cómo adquirir y desarrollar una determinada habilidad durante la infancia puede llegar a determinar en parte la organización funcional del cerebro adulto. Así, prácticas culturales como la escolarización pueden llegar a modificar esta organización cerebral. En la actualidad existe cada vez un mayor acuerdo en cuanto a que nacemos con un cere-

bro programado en las conexiones principales, pero el desarrollo y perfeccionamiento de los circuitos neuronales va a tener lugar después del nacimiento, siendo este un proceso que se lleva a cabo a lo largo de muchos años².

Comienza a haber un mayor acuerdo en relación a que este proceso va a depender en gran medida de la experiencia y de las prácticas culturales, "...las sociedades humanas cambian por evolución cultural, y no como resultado de alteraciones biológicas (...) las distintas actitudes y los distintos estilos de pensamiento entre los grupos humanos son por lo general productos no genéticos de la evolución cultural (Jay Gould, 1996/1997, pp. 319-320). Así, la necesidad de intercalar nuestras acciones en el curso de las acciones de otros, el tener que elaborar una cierta representación de las intenciones de los otros, desarrollar un lenguaje rico y especializado, todo ello, modula nuestra propia cognición (Bruner, 1964, 1990/1991, 1997/1997, etc.).

Del mismo modo que Bruner, el enfoque desarrollado durante la década de los treinta en la extinta Unión Soviética, y la influencia de la filosofía marxista sobre el mismo, ha hecho que esta perspectiva considere de suma importancia el problema del determinismo socio-histórico del psiquismo humano (Luria, 1974/1980; Vygotski, 1930/1981a, 1934/1986, 1960/1981b, etc).

A partir de esta manera de hacer psicología, los psicólogos podemos ha-

cer una lectura no individualista de la mente humana, incorporando a la psicología los factores histórico-culturales que gravitan sobre el desarrollo psicológico. No se trata de reducir al individuo a un mero ente social. Es precisamente este tipo de enfoques, creemos, uno de los que otorga al individuo un mayor margen de acción, al considerarlo activo en este proceso y capaz de reflejar su propia idiosincrasia (Cubero y Santamaría, 1992). Así, los principios explicativos de los procesos sociales no pueden reducirse a los principios explicativos de los procesos psicológicos, ni al contrario. La ruptura de ambos tipos de reduccionismos (psicológico y sociológico) ha sido precisamente uno de los objetivos fundamentales para este enfoque (Luria, 1974/1980; Vygotski, 1991, 1993; Wertsch, 1985a/1988, 1985b, 1991/1993, 1995/1997, 1998/1999; Wertsch, Minick y Arns, 1984; Wertsch y Sammarco, 1985). Como acertadamente señala Cole (1999):

...vivimos un periodo en el que las ortodoxias ya no conservan su poder y abundan nuevas posibilidades. Una de

2 Incluso los últimos resultados publicados acerca del genoma humano así parecen mostrarlo. Estos resultados han forzado a los biólogos a sentarse y repasar sus nociones sobre la evolución. Como sabemos, en comparación con los demás simios, el ser humano se caracteriza por un desarrollo embrionario más lento, por una infancia más prolongada, por un menor grado de maduración en el momento de nacer. Estas diferencias cuantitativas dotan al ser humano de más tiempo para el crecimiento de su cerebro, y de una fase de maduración y aprendizaje mucho más prolongada. Quizá ahí esté la clave.

ellas es la de retroceder a las primeras décadas de la psicología y emprender la marcha por el camino no transitado, aquel a lo largo del cual la cultura se coloca en el mismo nivel que la biología y la sociedad moldeando la naturaleza humana individual (Cole, 1999, p. 101).

Este será el marco teórico y conceptual que guiará el desarrollo de la visión de Psicología Cultural defendida en el presente artículo. Un marco que enfatiza la importancia de lo histórico-cultural en la constitución de la mente humana, y que pretende no caer en ninguno de los reduccionismos a los que se ha venido haciendo alusión.

LA PSICOLOGÍA CULTURAL Y EL ENCUENTRO ENTRE MENTE Y CULTURA

En torno al estudio de esta relación mente-cultura, a lo largo de la historia de la psicología ha existido, y aún existe, una contradicción que interesa destacar. Por una parte, se reconoce que una de las características definitorias de los seres humanos es su capacidad y necesidad de vivir en contextos culturales. Por otra, sin embargo, es habitual por parte de gran cantidad de psicólogos académicos asignar un papel secundario a la cultura en la construcción de la vida mental. Cómo entender tal suerte de contradicción; la cultura es importante en la constitución de lo mental, no obstante se le asigna un papel secundario. Dicho de otro modo ¿por qué

resulta tan difícil incluir la cultura dentro de las agendas de algunos psicólogos y de algunas psicologías? Y, quizá más importante, si creemos que la cultura es consustancial al pensamiento y a la acción humana, ¿qué deberíamos hacer para que fuera aceptada científicamente? ¿Puede desarrollarse una Psicología científica que recoja la intervención de los factores culturales en la mente?

Por supuesto, estas cuestiones no son en modo alguno originales. Tal vez las respuestas sí puedan llegar a serlo. En las últimas décadas, han sido muchos y variados los intentos por presentar argumentos a favor de una psicología que incluyera la cultura. Se ha defendido la idea de que mientras no se evalúe la posible variabilidad cultural de los procesos psicológicos estudiados, resultará imposible determinar si éstos son universales o específicos a circunstancias culturales particulares. Precisamente, este centro de interés constituye el núcleo de debate principal de un modo de hacer psicología que en la actualidad ha tomado forma en la denominada Psicología Cultural.

La Psicología Cultural se ha desarrollado principalmente como una respuesta alternativa a los proyectos de psicología que no incluían, como elementos claves de sus agendas, a la cultura y a su relación dialéctica con el individuo: como por ejemplo el proyecto de la Psicología Cognitiva. Pero, al mismo tiempo, supone un análisis crítico de aquellos enfoques que, aún enfatizando el papel de las fuerzas

histórico-culturales, no adoptan una perspectiva dialéctica.

La Psicología Cultural se ha constituido, entre otros factores, a partir de las críticas al modo en el que algunos enfoques intentaron superar las deficiencias de la Psicología Cognitiva, pero desde esta misma perspectiva. Greenfield (1997), señala que quizá el error de estos enfoques fue mantener los términos de dicha relación. Estamos hablando de la Psicología Transcultural. Desde este enfoque, los procesos cognitivos son considerados capacidades globales, homogéneas, más o menos permanentes y universales, que permiten ser analizadas como variables dependientes.

El interés de la Psicología Cultural, más que en las funciones mentales universales, se centra en los aspectos diferenciales de las mismas. Aún reconociendo la naturaleza biológica y cultural del ser humano, la Psicología Cultural persigue, primordialmente, resaltar el papel de la cultura en el desarrollo psicológico. La cultura es aquí considerada como una característica específica del ser humano. Así, la Psicología Cultural adopta una posición intermedia en cuanto a la relación entre mente y cultura. Asume que estos términos son dos caras de la misma moneda, ya que ambas están en la génesis y son producto de la otra (Boesch, 1996; Bruner, 1997/1997; Cole, 1996; Eckensberger, 1990; Shweder, 1991). La cultura es un fenómeno indiferenciable de la propia mente (Overton, 1997).

De este modo, la Psicología Cultural no será entendida como un campo específico de investigación o una rama concreta de la psicología, sino como un modo de hacer psicología (Boesch, 1991, 1996; Cole, 1996/1999), como una manera determinada de abordar los fenómenos y problemas en los que están interesados los psicólogos. La Psicología Cultural representa, así, un renovado interés por el análisis de la relación mente-cultura.

PSICOLOGÍA COGNITIVA Y PSICOLOGÍA CULTURAL: DOS CAMINOS EN EL ESTUDIO DE LA MENTE

La psicología, la ciencia de la mente, como William James la denominó hace ya casi un siglo, se halla en una encrucijada. Se dice de ella que es una ciencia multiparadigmática. Una ciencia de la mente sobre la que otras muchas y variadas disciplinas tienen cosas que decir. Sólo hay que echar un vistazo a las publicaciones que han venido apareciendo en las últimas décadas acerca de la relación entre la mente y la cultura para constatar que la psicología ha llegado a fragmentarse como nunca antes. De alguna manera ha comenzando a perder la cohesión necesaria para asegurar su objeto de estudio y su coherencia. Esta fragmentación ha derivado en especialidades cada vez menos "dialogantes" entre sí, encerradas en su propia retórica y aisladas del resto de "voces" de la psicología. Especialidades con identidad propia, con su propio aparato teórico y metodológico y, quizá lo más

importante, con resultados alguno de los cuales son difícilmente compartidos.

Pero, como señala Bruner (1990/1991), esta fragmentación no es negativa por sí, ni supone que los grandes temas e interrogantes de la psicología no estén aún vivos. De lo que se trata más bien es de establecer un fuerte diálogo entre científicos que trabajan en tradiciones diferentes, que utilizan diferentes metodologías y que parten de supuestos diferentes; diálogo que permitirá centrar los problemas de la disciplina y ofrecer las soluciones más adecuadas. Nos hallamos en un campo, el estudio de la mente, en el que los reduccionismos no son los mejores candidatos a proporcionarnos la explicación más adecuada.

El conocimiento de la mente sigue teniendo todavía hoy en día áreas sombreadas y estamos lejos, por tanto, de acabar con todos los problemas científicos que plantea dicho conocimiento. Pero la historia de la ciencia nos permite ser optimistas respecto al futuro, siempre y cuando comience a verse claro que las diferentes perspectivas y aproximaciones al problema tienen (o al menos pueden tener) un carácter complementario, que nos obliga a “mirar” hacia otras disciplinas y áreas que pueden ayudarnos en esta empresa.

Una de estas especialidades a la que nos referimos, quizá de las más importantes, la constituyó la llamada Revolución Cognitiva de los años sesenta surgida como respuesta al positivismo lógico y al conductismo de aquella época. En su concepción

clásica, la ciencia cognitiva considera la cognición humana como algo únicamente interno y perteneciente a una cabeza individual. Como señala Gardner (1985/1988), en su obra *The Mind's New Science*, en los últimos años se ha desarrollado un esfuerzo teórico y empírico por dar respuesta a viejas cuestiones epistemológicas, especialmente referidas a la naturaleza del conocimiento, sus componentes, sus fuentes, su desarrollo, la naturaleza de la mente, etc.

El objetivo de esta revolución fue recuperar y reinstaurar el concepto de mente en la psicología. Concepto que había vivido una especie de letargo debido a la influencia de los programas conductistas dominantes por aquel entonces. Como señala Bruner (1990/1991), los objetivos del proyecto inicial de dicha revolución se centraron en instaurar el significado como objeto de estudio de la psicología e incluir a la cultura en el esquema general de interpretación de la naturaleza psicológica del individuo. No se trataba únicamente de ir contra el conductismo para transformarlo añadiéndole un poco de mentalismo. Se trataba más bien de sustituirlo, de “...centrarse en las actividades simbólicas empleadas por los seres humanos para construir y dar sentido no sólo al mundo, sino también a ellos mismos” (Bruner, 1990, p. 20). Y lo que es tan importante, la revolución cognitiva, tal y como se concibió en sus orígenes, pretendió que la psicología uniera sus fuerzas a disciplinas como

la lingüística, la filosofía, la historia, la antropología, etc.

No obstante, en opinión de Bruner, este intento por “revolucionar” la psicología se traicionó a sí mismo. Casi medio siglo después de que se iniciara tal revolución, hemos de decir que el resultado ha sido muy distinto al que se esperaba. La cosa cambió pronto. El énfasis en el significado se transformó en énfasis en la información, la importancia de la construcción de significados en el desarrollo de la mente se tradujo en un interés por ésta únicamente como entidad que procesa información. Todo ello sobre la base de la adopción de la computación como metáfora dominante y de la computabilidad como criterio imprescindible para el desarrollo de un buen modelo teórico. Es por ello que autores como Bruner (1990/1991), Harré (1993) y Shweder (1984, 1990), entre otros, comienzan a considerar la necesidad de ir más allá de esa primera revolución cognitiva y hablan de una segunda revolución. Para ellos centrar el interés en la mente como entidad que procesa información ha distanciado a la psicología de la comprensión de los problemas realmente importantes del ser humano, entre los que destacan la comprensión de la mente como creadora de significados y como producto no sólo biológico, sino también y, sobre todo, cultural.

Pero hay que recordar que estas cuestiones no han sido exclusivas de esa revolución cognitiva que tuvo lugar en los años cincuenta. Similares inquietudes se vienen planteando des-

de prácticamente los inicios de la psicología como ciencia (Cole, 1996/1999; Bruner, 1990/1991). Cuestiones que, al igual que en la tradición de la ciencia cognitiva, tienen que ver con la naturaleza de la mente y sus procesos. No obstante, desde una perspectiva que, coincidiendo con los planteamientos iniciales de aquella revolución traicionada y especialmente de esta “segunda revolución” planteada por Bruner, enfatizan la génesis de la mente por la historia y la cultura. Y resaltan la construcción de significados y de la realidad como consustancial a lo mental. El propio Wundt (padre de la psicología experimental, también denominada su primera psicología), en sus últimos años, llegó a reconocer hasta qué punto el estilo de laboratorio podría ser restrictivo y, al proponer su “Psicología Cultural” (*Völkerpsychologie*) –o segunda psicología– (Cole, 1996/1999), enfatizó la necesidad de un enfoque histórico e interpretativo para entender los productos culturales del ser humano y al ser humano mismo.

A pesar de esta coincidencia en cuanto a los intereses de ambas perspectivas –la cognitiva tradicional por un lado, y la más histórico-cultural por otro–, no deja de ser cierto que las extensiones y desarrollos, tanto conceptuales como empíricos, de estas dos visiones han sido tan dispares que los autores que han trabajado en una de ellas raramente han sido conscientes, o han estado interesados por el trabajo de la otra. E incluso, en la mayor parte de las ocasiones, desconocen

mutuamente la terminología y vocabulario de la otra. Así, del mismo modo que ningún científico cognitivo ha buscado en el último número del *Journal of Russian and East European Psychology* (antiguo *Soviet Psychology*), tampoco ningún vygotskiano ha estudiado detenidamente el último volumen de *Connection Science*. En el trabajo de Flanagan, *The Science of Mind* (1991), no hay una sola referencia a Vygotski. Pero el hecho presenta una doble dirección. El excelente trabajo de Wertsch, *Vygotski y la formación social de la mente* (1985a/1988), no contiene una sola mención a Fodor y a la psicología computacional.

El propósito de este artículo es precisamente explorar la posibilidad de un acercamiento entre las ciencias cognitivas y una aproximación a la mente que hunde sus raíces en la cultura. Entre una aproximación cognitiva al estudio de la mente y otra (tal vez debiéramos decir "otras") que considera que el estudio psicológico de la cognición humana se encuentra necesariamente ligado al estudio de las relaciones que ésta mantiene con la cultura. Aproximación que, en los últimos veinte años, ha comenzado a generar un núcleo de estudios que se ha agrupado en torno a lo que se ha denominado Psicología Cultural (Bruner, 1990/1991, 1997; Cole, 1995, 1996/1999, 1997; Shore, 1996a y b, 1998; Shweder, 1990, 1993; Sperber, 1996; etc.).

Es en este sentido en el que en los últimos años se está produciendo una

reacción —que no es realmente nueva— en contra del estrechamiento que sufre la psicología en sí misma. En contra de la existencia de esas parcelas de investigación tan alejadas entre sí que constituyen compartimentos estancos sin posibilidad de contacto. En la psicología ha comenzado a desarrollarse una inquietud por la búsqueda de nuevos medios para su reformulación. Se están volviendo a plantear las grandes cuestiones psicológicas. Cuestiones que tienen que ver con la naturaleza de la mente y sus procesos, la formación de la mente por la historia y la cultura, la construcción de significados y de la realidad, etc. La mayor parte de ellas están de alguna manera presentes en las agendas de estudiosos de diferentes disciplinas interesados por abrir un diálogo fluido entre las ciencias de la mente y la cultura (Bruner, 1997; Cole, 1996/1999; Frawley, 1997/1999; etc.).

Estamos volviendo al núcleo de la psicología, al estudio de la mente. Pero todo ello, al menos así lo creemos, desde una psicología que ha de ir más allá de los objetivos de una ciencia positivista centrados en la explicación causal. Una psicología que se ocupe esencialmente del significado y de la cultura (Bruner, 1990/1991; Shweder, 1990) y que no reduzca la mente a una base material existente en la cabeza del individuo o a cómputos de representaciones. Una psicología que desarrolle una visión de la mente y de la cognición humana como actividad distribuida entre individuos (Lave, 1988/1991; Salomon, 1993; Pea, 1993;

Nickerson, 1993). Así como una consideración del conocimiento social y culturalmente construido (Bruner, 1990/1991; Cole, 1996/1999). Y, al mismo tiempo, una idea de que la información no es tanto procesada como construida entre individuos gracias al empleo de instrumentos y artefactos provistos por la cultura (Cole, 1990, 1996/1999, 1997; Cole y Engeström, 1993).

DISCUSIÓN. UN INTENTO POR ACERCAR MENTE Y CULTURA: HACIA UNA PSICOLOGÍA CULTURAL DE LA MENTE

A lo largo de las páginas anteriores he venido proponiendo la posibilidad de levantar un puente entre la mente en la ciencia y la mente en la cultura y, en la medida de lo posible, articular un diálogo entre la tradición de la Ciencia Cognitiva y la denominada Psicología Cultural en el estudio y consideración de la cognición humana; un diálogo que permita desarrollar una comprensión situada de la mente en términos de una actividad que siempre tiene lugar dentro de una red de asunciones culturales.

Pero hay que decir que este interés por acercar una y otra tradición no es algo nuevo. Actualmente quizá la propuesta más interesante y desarrollada sea la de William Frawley acerca de lo que él llama “sociocomputacionalismo” (Frawley, 1997/1999)³. Al mismo tiempo, autores como Bruner (1997) y Michael Cole (1997/1999), han comenzado a desarrollar intereses similares.

De este modo, la cognición en general y la cognición humana en particular, por ser un fenómeno complejo, necesita de aproximaciones especiales, diferentes y complementarias (Martínez, 1997). En este trabajo, nos confesamos amantes y defensores de la heterodoxia y la diversidad. Una visión completa de la cognición debe tener presente todos los tipos de análisis: biológico, neurológico, matemático y cibernético, lógico y epistemológico, psicológico, antropológico y lingüístico.

Pero, eso sí, no se trata de construir una teoría unificada acerca de la relación entre la mente y la cultura. Se trata más bien, con la ayuda de prestigiosos especialistas de la mente y de la cultura, de abrir un diálogo entre la ciencia cognitiva y la “recién nacida” Psicología Cultural. Y que nos permita desentrañar si es o no posible una psicología cultural en el ámbito de la psicología básica (Santamaría, 2000a). Y todo ello porque creemos que el análisis de la mente humana es tan complejo, al ser a la vez objeto y sujeto de su propio estudio, que no puede limitarse a las formas de pensamiento desarrolladas a partir de la física o la lógica formal que de alguna manera se encuentran en la base de las concepciones de la

3 En su trabajo titulado *Vygotski y la Ciencia Cognitiva* (1997/1999), Frawley afirma la necesaria compatibilidad de visiones que entienden la mente como un mecanismo formal y las que la entienden como una construcción social. Para ello, enfatiza el papel del lenguaje como instrumento que permite reconciliar la persona y el mecanismo.

mente herederas del modelo informático de las ciencias cognitivas en su forma clásica.

En los últimos quince o veinte años se han producido cambios fundamentales que han venido moldeando nuevas concepciones sobre la naturaleza de la mente humana. La mayor parte de estos cambios surge de dos concepciones fuertemente (al menos en un inicio) divergentes sobre cómo funciona y qué es la mente humana. La primera de ellas es la hipótesis de que la mente puede concebirse como un mecanismo computacional, idea que no es nueva pero que, de algún modo, ha sido desarrollada en las más recientes aproximaciones de las ciencias computacionales. La otra es la propuesta de que la mente se constituye por la cultura y a la vez se materializa en ésta. Ya nos hemos referido repetidas veces a cómo estas dos perspectivas llevaron a concepciones muy diferentes sobre la propia naturaleza de la mente, y sobre cómo debería estudiarse.

Al igual que la perspectiva computacional, una visión cultural e histórica de la mente busca integrar consideraciones de la psicología, la antropología, la lingüística, la filosofía, para reformular un modelo de mente. Pero las dos lo hacen de manera diferente y para propósitos distintos. El computacionalismo está interesado en las formas en que la información se organiza y se usa. En este sentido, no reconoce fronteras disciplinarias, ni siquiera la frontera entre el funcionamiento humano y el no humano. La

perspectiva cultural, por su parte, se concentra en cómo los seres humanos crean y transforman los significados. No obstante, en este artículo queremos disipar el fantasma de una “necesaria” contradicción, y un “necesario” enfrentamiento entre una y otra visión, tal y como han planteado autores como Bruner (1990/1001, 1997/1997, Cole (1996/1999) y Frawley (1997/1999), para alguno de los cuales esta aparente contradicción “...se basa en un malentendido que lleva a una sobre-dramatización vulgar e innecesaria” (Bruner, 1997/1997, p. 22).

Sin embargo, no estaríamos seguros de llegar al extremo de hablar de malentendido y de sobredramatización. Ya que, obviamente, no hay que olvidar que ambas aproximaciones (la computacional y la cultural) son muy diferentes conceptual y metodológicamente, e incluso ideológicamente. Con todo ello no pretendemos negar que puedan existir muy buenas razones para separar a dos visiones de la mente enfrentadas en ciertos problemas. En todo caso, nuestro propósito es explorar la posibilidad de un acercamiento entre las ciencias cognitivas y una aproximación a la mente que hunde sus raíces en la cultura.

Para cubrir este objetivo, me centraré en un análisis, necesariamente muy breve, de una serie de problemas que, a mi juicio, son básicos tanto para una concepción computacional de la mente como para una cultural e histórica (más detalle en Santamaría, 2000a). Me refiero a los siguientes:

- a) el problema de los niveles de análisis en el estudio de la mente.
- b) el debate mente-cuerpo.
- c) la cuestión de la naturaleza de la representación y el conocimiento.
- d) el problema del significado.

Todos ellos problemas que pueden ayudarnos a dar respuestas (al menos a intentarlo) a cuestiones claves tales como ¿constituye la mente una construcción social y cultural en la que el significado es parte esencial?, ¿se trata de un mecanismo formal en el que la información y la representación juegan un papel estelar?, ¿es la mente, al mismo tiempo, construcción sociocultural y mecanismo formal?, etc.

a) En relación al primero de los problemas, los *niveles de análisis* en el estudio de la mente, creo que el acercamiento entre una y otra perspectiva no resulta fácil. La idea central que defiendo es que el análisis de la mente humana no puede reducirse al plano computacional. La mente no puede ser reducida a la operación de unos determinados controladores o módulos de procesamiento descritos en términos computacionales. Más bien, a mi juicio, las propiedades más definitorias de la mente, pueden revelarse en mejor medida en los niveles psicológico y sociocultural como propiedades emergentes (Varela, 1988/1990), lo que exigiría extender el análisis hasta dichos niveles. Para ello, la noción de acción mediada resultará crucial. Es por ello por lo que

adopto una perspectiva sociocultural desde la que considero que el análisis «simbólico» de los modelos cognitivos de la mente humana es incompatible con la visión de la mente y el conocimiento como acción en contexto.

b) En cuanto al ya tradicional debate *mente-cuerpo*, se puede concluir un posible acercamiento entre una perspectiva computacional de la mente y una visión cultural de la misma. En este caso, parece que la mente sociocultural y la mente formal sean compatibles. Al considerar que el trabajo de Vygotski es más bien un estudio del papel que desempeña el lenguaje en los límites entre la mente y el mundo (Frawley, 1997/1999), la Psicología Cultural de Vygotski podría ser conceptualizada como una teoría que trata sobre la relación entre los contextos y la arquitectura mental. Una teoría que, por lo tanto, puede llegar a plantear cuestiones básicas para la ciencia cognitiva. Así, las visiones internalistas (propias de la ciencia cognitiva) y externalistas (cercanas a una psicología cultural) se centran en hechos compatibles y pueden y deben trabajar de manera más cercana para que la ciencia cognitiva obtenga un mejor conocimiento de la mente humana.

c) El problema de la *naturaleza del conocimiento y la representación* de nuevo supone una mayor dificultad para el acercamiento entre las perspectivas computacionales y las culturales. Desde una perspectiva sociocultural, como la que orienta este trabajo, el problema del conocimiento

y de la representación y, en general, de la mente humana, debe situarse más allá de los límites del cerebro y de la mente computacional. Esta explicación exige salir de los límites de la mente computacional, de las limitaciones del “objetivismo formalista” de la psicología cognitiva, que diluye al sujeto en el “infierno de las computaciones”, en expresión de Rivière (1987). En lugar de un “módulo” especializado de procesamiento, esta explicación requiere formas y niveles de análisis capaces de dar cuenta de la mente intencional. En este caso, en los últimos años se están produciendo acercamientos entre una y otra perspectiva. Acercamientos centrados en el redescubrimiento de la importancia de los aspectos de control de la conciencia. La conciencia como componente de control para la psicología cognitiva sería, desde la perspectiva vygotskiana, la metaconciencia. En este sentido, comienza a defenderse una cierta analogía entre el control dentro de los sistemas de computación y el control del habla reguladora vygotskiana, ofreciendo así una interpretación computacional del habla privada como un síntoma de la ejecución del pensamiento (Frawley, 1997/1999). Así, el “cerebro computacional” y la “mente lingüística-cultural” (ciencia cognitiva y psicología cultural) podrían ser aliados en cuanto a su función de control. A pesar de estos acercamientos, en mi opinión, el análisis del problema del conocimiento y la representación puede ampliarse desde una perspectiva sociocultural,

que permita desarrollar un proyecto de Psicología Cultural en el que la mente y la cultura se constituyan mutuamente. Una propuesta que sirva de base a una visión del conocimiento y de la mente que no se sustenta en la noción de representación de la psicología cognitiva, y en la que lo narrativo desempeñe un papel central (Bruner, 1991; Santamaría, 2000b).

d) En cuanto al último problema referido, el problema del *significado*, de nuevo el acercamiento es posible, pero al mismo tiempo las diferencias entre una y otra perspectiva son importantes. Tal vez dos ideas puedan aclarar la visión de significado que aquí se plantea. Por un lado, y en la línea de las ideas de Wittgenstein, el significado siempre es significado para una persona o una comunidad. En sí mismas las palabras no tienen significado, sólo lo tienen para las personas que las “utilizan”. Desde la perspectiva manejada en este trabajo, los significados no son computacionales, sino que fluyen en el intercambio social y cultural. Por otro lado, el significado del símbolo surge porque se le impone cierta intencionalidad. La intencionalidad es la capacidad de un estado mental o de una representación del tipo que sea (concepto, imagen, palabra) de ser algo para algo. En este sentido, el significado es irreduciblemente intencionado. Y es en esto último en lo que la visión de la Ciencia Cognitiva y de la Psicología Cultural pueden acercarse más. Ambas perspectivas creen que hay estados mentales dotados de propiedades intencionales genuinas que

se hallan involucrados en la génesis del comportamiento. No obstante, es justamente a partir de aquí donde, al mismo tiempo, podemos encontrar las mayores diferencias (Santamaría, 2002).

Así, Fodor entiende que la explicación psicológica ha de ser intencional (Fodor, 1983/1986). En sus propias palabras, "...carecemos de razones para dudar de que es posible tener una psicología científica que reivindique la explicación de sentido común del deseo y la creencia" (Fodor, 1983/1986, p. 16). O, "...si no hay leyes intencionales, no hay explicaciones psicológicas" (Fodor, 1994/1997, p. 19). Desde la posición de Fodor, deseos, creencias e intenciones se entienden como relaciones entre agentes psicológicos y expresiones de un sistema de representación en el que la mente realiza sus cómputos (un lenguaje del pensamiento). Sin embargo, la teoría computacional entiende que los procesos psicológicos son de naturaleza informática y las propiedades semánticas de las representaciones mentales referenciales (Fodor, 1994/1997). La clave del contenido de los estados mentales se encuentra en el concepto de información. Aquí comienzan los problemas.

Frente a ello, las visiones culturales y sociales defienden que el contenido (intencional) de los estados mentales no depende de lo que "está en la cabeza" del individuo, sino del hecho externo, y de las instituciones y formas de vida que lo sostienen (Acerro, 1995; Bruner, 1990/1991). Así, los

factores responsables del contenido mental son factores que se encuentran en la esfera del contexto histórico y social del sujeto, y no en la esfera de una psicología individual (Burge, 1986). Esos factores, las costumbres y convenciones propias de una comunidad específica, determinan el contenido de dichos estados mentales. Ello permite convertir al organismo en sujeto intencional, biológico, social, cultural e histórico capaz de crear y transformar significados y conocimientos en el curso de la acción desarrollada en el marco sociocultural.

A mi juicio, pues, la cuestión no estriba en reconocer la intencionalidad, sino en tratar de dar cuenta de la misma (Santamaría, 2002). El problema es cómo un sistema físico-biológico es capaz de comportarse de forma intencional, es decir, cargada de significación. Es este, sin duda, un difícil problema, quizá el más importante para la psicología. Y es aquí donde se pueden encontrar las mayores diferencias entre estas perspectivas computacionales y otras visiones que, al igual que éstas, enfatizan la importancia del significado y la intencionalidad, pero que se encuentran situadas en perspectivas de corte más cultural y social (Santamaría, 2002).

ALGUNAS CONCLUSIONES

Quiero finalizar defendiendo la posibilidad de un diálogo entre la Ciencia Cognitiva y la Psicología Cultural. Si se admite que la cultura es un aspecto fundamental en la vida y el pensa-

miento de las personas, en buena lógica también debe ser crucial a la hora del estudio de la mente.

E incluso, a mi juicio, en determinados aspectos el acercamiento entre ambas disciplinas es posible. Pero hemos de preguntarnos ¿Puede una Psicología Cultural, como la que se ha descrito a lo largo de estas páginas, mantenerse al margen de una Psicología enraizada biológicamente, orientada individualmente y dominada por la noción de información y la metáfora computacional? ¿Puede, en suma, la Psicología Cultural mantenerse al margen de la Ciencia Cognitiva, y viceversa?

Algunos autores, como Rom Harré o Keneth Gergen, pertenecientes al llamado construccionismo social, sugieren que nuestro pasado fue un error, un malentendido sobre en qué consistía la psicología, y que, por tanto, debemos olvidarnos de ese pasado. No obstante, no parece ésta, a mi juicio, la mejor opción.

Más bien, creo, al igual que otros autores, que es el momento de acabar con este tipo de enfoques, que Bruner (1997/1997) denomina de “lo uno o lo otro” acerca de qué debería ser la psicología, si debería ser enteramente biológica, exclusivamente computacional o únicamente cultural. Deberíamos así evitar caer en lo que Bernstein (1983) llama la “ansiedad cartesiana”. Esto es, permanecer constantemente en guardia para defender al computacionalismo frente a la cultura, o viceversa. No se trata, pues, de enfrentar uno a otro, sino más

bien de intentar que, en la línea de Bruner (1990), Frawley (1997/1999) o el mismo Wittgenstein (1945-49/1988), la *máquina virtual* y la *máquina real* trabajen juntas. Dado que la psicología se encuentra tan inmersa en la cultura, a mi juicio, debe estar organizada en torno a los procesos de construcción y utilización del significado que conectan al hombre con la cultura. Como señala Bruner (1990/1991), en virtud de nuestra participación en la cultura, el significado se hace público y compartido y, de este modo, la mente se entronca con la cultura.

REFERENCIAS

- Acero, J.J. (1995). “Teorías del contenido mental”. En: F. Broncano (ed.), *La mente humana*, pp. 175-206. Madrid: Trotta.
- Boesch, E. (1991). *Symbolic action theory an Cultural Psychology*. Heidelberg: Springer.
- Boesch, E. (1996). The seven flaws of Cross-cultural Psychology. *The story of a conversion. Mind, Culture and Activity*, 3, 1, pp. 2-10.
- Burge, T. (1986). “Individualism and Psychology”. En: *Psychological Review*, VC, pp. 3-46.
- Bruner, J. (1964). “The curse of cognitive growth”. En: *American Psychology*, 19, pp. 1-15.
- Bruner, J. (1990/1991). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Bruner, J. (1997/1997). *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Aprendizaje Visor.
- Cole, M. (1995). “Socio-cultural-historical psychology: Some general remarks. An proposal for a new kind of cultural-genetic methodology”. En J.V. Wertsch; P. Del Río y A. Alvarez (eds.): *Sociocultural Studies of Mind*. N.Y.: Cambridge University Press.
- Cole, M. (1996/1999). *Psicología Cultural. Una disciplina del pasado y del futuro*. Madrid: Morata.

- Cole, M. y Engestrom, Y. (1993). A cultural-historical approach to distributed cognition. En: G. Solomon (ed.): *Distributed cognition. Psychological and educational considerations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Cubero, M. y Santamaria, A. (1992). "Una visión social y cultural del desarrollo humano". En: *Apuntes de Psicología*, 35, pp. 17-30.
- Eckensberger, L. (1990). "From cross-cultural psychology to cultural psychology". En: The Quarterly Newsletter of the Laboratory of comparative Human Cognition, vol. 12, n° 1, pp. 37-52.
- Fodor, J. (1983/1986). *La modularidad de la mente*. Madrid: Morata.
- Fodor, J. (1994/1997). *El olmo y experto. El reino de la mente y su semántica*. Barcelona: Paidós.
- Frawley, W. (1997/1999). *Vygotski y la ciencia cognitiva*. Barcelona: Paidós.
- Gardner, H. (1985/1988). *La nueva ciencia de la mente. Historia de la revolución cognitiva*. Barcelona: Paidós.
- Geertz, C. (1986a/1996a). Los usos de la diversidad. En N. Sánchez Durá (Comp.): *Clifford Geertz. Los usos de la diversidad*. Colección: Pensamiento Contemporáneo, n° 44. Barcelona: Paidós e I.C.E. de Barcelona.
- Geertz, C. (1986b/1996b). El pensar en cuanto acto moral. En N. Sánchez Durá (Comp.): *Clifford Geertz. Los usos de la diversidad*. Colección: Pensamiento Contemporáneo, n° 44. Barcelona: Paidós e I.C.E. de Barcelona.
- Greenfield, P.M. (1997). Culture as process: Empirical Methods for Cultural Psychology. En J.W. Berry, Y.H. Poortinga y J. Pandey (eds.): *Handbook of Cross-cultural Psychology, vol. 1: Theory and Method* (2ª Edición). Boston, Ma: Allyn and Bacon.
- Harré, R. (1993). "The second cognitive revolution". En: *American Behavioral Scientist*, 36 (1), pp. 5-7.
- Jay Gould, S. (1996/1997). *La falsa medida del hombre*. Barcelona: Crítica Drakontos.
- Lave, J. (1988/1991). *Cognición en la práctica*. Barcelona: Paidós.
- Lonner, W.J. (1980). The search for Psychological Universals. En H.C. Triandis y W.W. Lambert (eds.): *Handbook of Cross-Cultural Psychology, vol. 1: Perspectives*. Boston, Ma: Allyn and Bacon.
- Luria, A.R. (1974/1980). *Los procesos cognitivos. Análisis sociohistórico*. Barcelona: Fontanella.
- Martínez, J. (1997). "La ciencia cognitiva, una investigación interdisciplinar. Etapas de su construcción". En: *Contextos*, XV, (vol. 29-30), pp. 179-217.
- Munevar, G. (1998). Relativismo y universalismo culturales. En D. Sobrevilla (ed.) *Filosofía de la Cultura*, pp. 213-224. Madrid: Trotta.
- Nickerson, R.S. (1993). "On the distribution of cognition: some reflections". En: G. Salomon (ed.). *Distributed Cognitions: Psychological and Educational considerations*, pp. 229-261. Cambridge y N.Y: Cambridge University Press.
- Overton, W.F. (1997). "Beyond dichotomy: an embodied active agent for Cultural Psychology". En: *Culture and Psychology*, vol.3, n° 3, pp. 315-335.
- Pea, R.D. (1993). Practices of distributed intelligent and designs for education. En: G. Salomon, (ed.). *Distributed Cognitions: Psychological and Educational considerations*, pp. 47-87. Cambridge y N.Y: Cambridge University Press.
- Richardson, K. (1988/1991). *Para comprender la Psicología*. Madrid: Alianza Editorial.
- Rivière, A. (1987). *El sujeto de la psicología cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Salomon, G. (ed.). (1993). *Distributed Cognitions: Psychological and Educational considerations*. Cambridge y N.Y: Cambridge University Press.
- Santamaria, A. (2000a). *Psicología Cultural. Proyecto Docente*. Universidad de Sevilla.
- Santamaria, A. (2000b). La narración como acción mediada en el marco de una psicología cultural. *Anuario de Psicología*, 31, 4, pp. 139-161.
- Santamaria, A. (2002). "¿De qué hablamos cuando hablamos de significado? El problema del significado en la constitución de la mente". En: *Revista Latina de Pensamiento y Lenguaje*, 10, 2, pp. 173-191.
- Scannone, J.C. (1998). Normas éticas en la relación entre culturas. En: D. Sobrevilla (ed.) *Filosofía de la Cultura*, pp. 225-242. Madrid: Trotta.

- Shore, B. (1996a). *Culture in mind. Cognition, culture and the problem of meaning*. Oxford University Press.
- Shore, B. (1996b). "Knowledge in formation: the machine-modeled frame of mind". En: *Technology in society*, vol.18, 2, pp. 231-251.
- Shore, B. (1998). *What Culture means. How Culture means*. Clark University Press.
- Shweder, R.A. (1984). Anthropology's romantic rebellion against the enlightenment, or there's more to thinking than reason and evidence. En: R.A. Shweder, y R.A. LeVine (eds.): *Culture Theory. Essays on mind, self and emotion*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shweder, R.A. (1990). Cultural Psychology- what is it? En J.W. Stigler; R.A. Shweder y G. Herdt (eds.): *Cultural Psychology. Essays on comparative human development*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Shweder, R.A. (1991). *Thinking through Cultures: expeditions in Cultural Psychology*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Sperber, D. (1996). *Explaining Culture: a naturalistic approach*. Oxford UK: Cambridge Mass. Blackwell.
- Toulmin, S. (1972/1977). *La comprensión humana. 1. El uso colectivo y la evolución de los conceptos*. Madrid: Alianza Universidad.
- Varela, F. (1988/1990). *Conocer. Las ciencias cognitivas: tendencias y perspectivas*. Barcelona: Gedisa.
- Vygotski, L.S. (1930/1981a). The instrumental method in psychology. En J.V. Wertsch (ed.): *The concept of activity in Soviet Psychology*. Armonk, N.Y.: Sharpe.
- Vygotski, L.S. (1934/1986). *Thought and Language*. Cambridge: The MIT Press.
- Vygotski, L.S. (1960/1981b). The genesis of higher mental functions. En J.V. Wertsch (ed.): *The concept of activity in Soviet Psychology*. Armonk, N.Y.: Sharpe.
- Vygotski, L.S. (1991). *Obras Completas. Vol. I*. En: P. Del Río y A. Alvarez (comps.). Madrid: Aprendizaje: Visor.
- Vygotski, L.S. (1993). *Obras Completas. Vol. II*. En: P. Del Río y A. Alvarez (comps.). Madrid: Aprendizaje: Visor.
- Wertsch, J.V. (1985a/1988). *Vygotsky y la formación social de la mente*. Barcelona: Paidós.
- Wertsch, J.V. (1985b). The Semiotic Mediation of Mental Life: L.S. Vygotsky and M.M. Bakhtin. En: E. Mertz y R. J. Parmentier (eds.): *Semiotic mediation*. Orlando, Fl.: Academic Press.
- Wertsch, J.V. (1991/1993). *Voces de la Mente*. Madrid: Aprendizaje Visor.
- Wertsch, J.V. (1995/1997). La necesidad de la acción en la investigación socio-cultural. En: J.V. Wertsch, P. del Río y A. Álvarez (eds.): *La mente socio-cultural. Aproximaciones teóricas y aplicadas*. Madrid: Fundación Infancia y Aprendizaje.
- Wertsch, J.V. (1998/1999). *La mente en acción*. Buenos Aires: Aique.
- Wertsch, J.V. y Sammarco, J.G. (1985). Social precursors to individual functioning: the problem of unit of analysis. R.A. Hinde y A.N. Perret-Clermont (comps.): *Interindividual Relations and Cognitive Development*. Oxford: Oxford University Press.
- Wertsch, J.V.; Minick, N. y Arns, F. (1984). The creation of context in joint problem-solving. En: B. Rogoff y J. Lave (Comp): *Everyday cognition. Its development in social context*. Cambridge, Mass: H.U.P.
- Wittgenstein, L. (1945-1949/1988). *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona: Crítica.

Recibido el 23 de febrero y aceptado el 18 de marzo de 2004